



sas de sus respectivos países. Juan Mosch, que se dirigió desde Alejandría á Roma, compuso allí el *Prado espiritual*, en doscientos diez y nueve capítulos de milagros. Á esta materia pertenecen los diálogos ya indicados de Gregorio Magno y los escritos de Metafrasto. También Gregorio de Tours escribió la gloria de los mártires en ciento siete capítulos de milagros, en ciento doce la de los confesores, en veinte las vidas de los Padres, en cincuenta los milagros de San Julian, obispo de Brin; despues los de San Andres, y especialmente los de San Martin, obras que en su tiempo habrán agradado más que la historia.

Á veces se ejercitaba en estas vidas el talento de los monjes, quienes inventaban á porfía las circunstancias más raras. Las mejores se depositaban en los archivos de los monasterios, y sacadas de allí despues de muchos años, ganaron la confianza por su antigüedad, hasta que vino la crítica á pasarlas por su criba, reuniendo las elegidas en un cuerpo de historia que abraza quince siglos y todos los países, todos los usos, todas las categorías. Ruinart imprimió los hechos de los primeros Padres y mártires; el doctísimo Mabillon recopiló las

vidas de los santos benedictinos; Baronio introdujo muchas en los *Anales de la Iglesia*, pero la mejor coleccion es la de Juan Bolland, jesuita belga, empezada el año de 1643, continuada despues hasta el de 1794, y que en cincuenta y tres tomos que contienen quizá veinticinco mil vidas, alcanza sólo á mediados de Octubre.

Era como una reaccion de las imaginaciones contra los desórdenes morales de la época: allí se ponian de relieve la bondad y la justicia, que habian desaparecido del resto del mundo; se presentaban dulzuras y simpatías en medio de los dolores; sirviendo esto de pasto á la fantasía desprovista de todo otro alimento. Era un consuelo para la vida tan agitada de aquel tiempo, manifestar la continua asistencia de la Providencia. En la Biblia la imaginacion se hallaba detenida por la fe; en las leyendas podia satisfacer todos sus caprichos, y variar de veneracion segun los lugares y los tiempos, volviéndose primero á los mártires, despues á los solitarios, y por último á los grandes obispos, á los artistas, á los literatos, á los héroes, en suma, á los apóstoles nuevos de un nuevo mundo.

CAPÍTULO XXV

Ciencias y bellas artes.

¿Eran tiempos aquellos para que prosperasen las bellas artes y las ciencias? La comunicacion entre tantas naciones nuevas extendió el conocimiento del mundo; pero nadie trató de describirlo científicamente, excepto el egipcio Cosme, llamado *indicopleusta* por sus viajes á la India y á Etiopia, y el primero que nombró á Ceilan. Pareciéndole á Lactancio, á San Agustin y á Juan Crisóstomo que el sistema de Tolomeo estaba en contradiccion con la Biblia, por admitir la redondez de la tierra y la existencia de los antípodas, imaginaron uno, como si los libros sagrados prometiesen la ciencia al par que la salvacion. Siguiendo Cosme sus huellas, se empeñó en probar que la teoría de Tolomeo era impia, como hicieron ciertos teólogos despues respecto de la de Copérnico, que sin embargo habia sido publicada bajo auspicios sagrados, por lo cual su obra se tituló cristiana (*χριστιανική τοπογραφία*). Segun él, la tierra es plana, y su figura la de un paralelógramo, de doble longitud que latitud, está ceñida por el Océano que se abrió en ella cuatro pasos, el Mediterráneo, el Mar Caspio y los golfos de Arabia y de Persia. Más allá del Océano hay otro mundo, inaccesible á los hombres, quienes no obstante habitaron anti-

guamente parte de él, pues allí es donde se encuentra al Oriente el Paraíso terrenal con los cuatro rios que actualmente corren por canales subterráneos y se derraman en nuestro mundo postdiluviano. Adam, arrojado del Edem, permaneció en aquel continente, hasta que el diluvio trajo el arca á las orillas del nuestro, á cuyos cuatro lados se extiende una muralla, que elevándose perpendicularmente, se dobla despues como una cúpula del mundo, y forma de esta manera la bóveda de los cielos. Sobre ésta verifican el sol y la luna su curso diario, no girando al rededor del mundo, porque se lo impide la muralla, sino dando la vuelta á una montaña cónica, de inmensa altura, situada al norte de la tierra. Elevándose el sol en el verano hácia la cúspide de esta montaña, produce los dias largos, que disminuyen á medida que declina, al aproximarse el invierno hácia la parte más sólida.

Es tan ingenioso como extravagante el modo como explica Cosme en el mismo género las fases de la luna, los eclipses y demas fenómenos. La divergencia de la luz procede, dice, de que el sol es apenas la octava parte de la tierra.

En cuanto al arte de curar, algunos han



querido comparar á la compilacion de Justiniano la hecha á mediados del siglo VI por Ecio de Amida, que comprende todo lo más notable de las obras anteriores, especialmente las de Galeno. Sin ningun sistema exclusivamente suyo, muestra haber observado mucho en la práctica; pero para sus preparaciones y para las curas gusta de emplear fórmulas supersticiosas.

Alejandro de Tralles, que recorrió la Italia, la Francia y la España ejerciendo la medicina, sabe separarse de los antiguos y juzgar por sí mismo; y recomienda que el médico no se deje cegar por el espíritu de sistema, sino que atienda á la edad, á las fuerzas, al género de vida del enfermo, como tambien al clima, á las estaciones, á las variaciones atmosféricas. Cree indiferente practicar la sangría en tal ó cual parte, aunque á veces abre las venas más cercanas al sitio afectado, como las ranales y las yugulares en la angina; reprueba el uso del opio en las jaquecas, los astringentes en las disenterías, las cataplasmas en la gota; conoce la importancia del tratamiento moral, aunque tambien mezcla luego en la práctica ideas teosóficas y cabalísticas.

Teófilo, protospatriarca, ó sea coronel de la guardia imperial en tiempo de Heraclio, compendió á Galeno y á Rufo, en una obra más teológica que medicinal, pues tiende á mostrar á la Providencia divina en el uso de los miembros.

Pablo de Egina tuvo gran fama entre los árabes, especialmente en materia de partos. Su extracto de las obras antiguas sobre medicina no carece de mérito, en particular respecto de cirugía. Entre tanto, el pueblo continuaba obteniendo curaciones que la ciencia no sabia proporcionarle; para los males de la vista se posternaba en la tumba de San Martín en Tours, ó se untaba con aceite de sus lámparas; para la fiebre intermitente veneraba las cenizas de Deodato en Benevento, y acudia de esta manera para otros males á las reliquias de Juan, obispo de Agustald, de Santa Ida, mujer del Sajon Egberto, y á otras.

Los bárbaros pensaban más en hacer heridas, que en curarlas. Si el ostrogodo Teodorico

encarga á un médico en jefe velar por la salud, en las leyes de los visigodos se dice: «Ningun médico se atreva á sangrar á una mujer libre, á no hallarse presentes su padre, su madre, su hermano, su hijo ó su tío, ó en caso de extremada necesidad, algun vecino honrado, ó una criada: si no lo hace así, pagará diez sueldos al marido ó á los parientes, pues no es muy difícil que bajo tal pretexto se oculte algun lazo. Si un médico bate la catarata y vuelve la salud al paciente, se le darán cinco sueldos; si debilita á un hombre libre por medio de la sangría, pagará cien sueldos, y si resulta la muerte, el médico será entregado á merced de los parientes del difunto. Si deteriora, empeora ó mata á un esclavo, deberá poner otro en su lugar.» Cuando un médico fuere llamado, apénas vea la herida ó examine los dolores, se encargará del enfermo bajo cierta caucion, y si el enfermo muere, no podrá recibir el precio pactado.»

Continuó la decadencia de las bellas artes, que ya habia principiado en los últimos tiempos de Roma. Léjos de destruir los bárbaros los monumentos antiguos, Teodorico estableció magistrados para velar por su conservacion, contra la incuria de los ciudadanos, y encargó á un arquitecto de experiencia la reparacion de los edificios públicos, destinando á este fin la suma anual de doscientos dineros de oro, y sin contar el producto de las aduanas del puerto Lucrino, que no estaba aún despoblado. Habiendo sido robada en Como una estatua de bronce, prometió cien sueldos de oro al que le indicase al ladrón, quejándose de que, mientras él trataba de aumentar los adornos de la ciudad, se perdiesen los antiguos.

Cuando fué á Roma no se cansaba de admirar las obras maestras que aún permanecian intactas ó poco ménos; el Capitolio, el Foro de Trajano, los teatros de Pompeyo y de Marcelo, el Coliseo, monumentos asombrosos aun despues de los estragos del tiempo y de la guerra; los acueductos, la vía Apia, donde nueve siglos no habian podido abrir una sola hendidura entre las piedras, y el conducto del Agua Claudia, que recorría treinta y ocho millas des-



de las montañas Sabinas hasta la cumbre del Aventino. El énfasis con que Casiodoro describe el fuego de los caballos del Quirinal, la vaca de Miron y los elefantes de bronce de la Vía Sacra, prueba que aún se conocia lo que era bello y grande.

Teodorico, excitado por la emulacion, hizo construir un palacio en Rávena y llevar aguas á la ciudad; empresa difícil por los pantanos que la separan de la colina: edificó otro palacio cerca del Bidente en las faldas del Apenino: uno magnífico con pórticos en Verona, donde asimismo reparó el acueducto y las murallas, que forman su recinto; erigió otro en Pavia, además termas y un anfiteatro: una cosa igual ejecutó cerca de los baños de Abano.

Aparece de estos edificios el error que se comete llamando gótico al orden de arquitectura caracterizado por la ojiva ó arco apuntado. El que despues de haberse entristecido en el monótono viaje al traves de las lagunas Pontinas, con la idea de que veintitres ciudades y las casas de campo más deliciosas se elevaban en los lugares donde ahora reina el silencio del desierto, puede en fin recrearse á la vista del mar: se encuentra con Terracina, situada en una altura á su izquierda, ciudad en otro tiempo populosa y risueña, y al presente miserable, no obstante los cuidados de Pío VI. Servia de límite á la dominacion griega, y de baluarte por la parte del mar; lo que fué causa de que Teodorico fortificase su recinto, construyendo en toda la extension de las murallas torres alternativamente cuadradas y redondas; despues, sobre la colina que dominaba la ciudad, hizo construir una fortaleza ó más bien un palacio que aún subsiste, y desde el cual la vista disfruta de una admirable perspectiva, teniendo ante sí el Lacio, la Campania y el mar. Pero tanto las torres como el edificio pertenecen enteramente al estilo de la decadencia romana, y se asemejan al templo de Odin cerca de Upsal en Suecia, donde no hay ni una sombra de ojiva. En Rávena, un muro que hoy sirve de fachada al convento de los franciscanos, y que se supone sea un resto del palacio de Teodorico, se parece por la mala disposicion de las columnas de su parte supe-

rior y las proporciones del arco, al palacio de Diocleciano en Espalatro. Así tambien el templo de Santa Apolinaria y un baptisterio para los arrianos, que hizo erigir allí Teodorico, pertenecen al estilo de los que en la misma época se edificaban en Roma, con adornos que atestiguan la decadencia.

Amalasueta mandó elevar en honor de su padre un mausoleo redondo, con una cúpula, de la cual surgian cuatro columnas que sostenian un vaso de pórfido, rodeado de doce apóstoles de bronce, dentro del cual descansaba el rey. Si la descripcion no es fabulosa, este mausoleo tiene que ser Santa María de la Rotonda, que de todos modos pertenece á fines del siglo V ó á principios del VI. Allí se conservan las buenas tradiciones antiguas en la distribucion general, plan sencillo, elevacion que no carece de magnificencia: cúpula maravillosa, formada de una sola piedra, con treinta y cuatro piés de diámetro, de modo que el peñasco de donde fué sacada debia pesar cuando ménos dos millones de libras y nuevecientas cuarenta mil despues de cincelado, y tal cual lo trasladaron, segun parece, de las canteras de Istria. Sin embargo, fué elevada á una altura de cuarenta piés, lo que prueba no poca habilidad mecánica. Los adornos se hallan dispuestos con el peor gusto; su corte es pesado y sin gracia, y no guardan proporcion entre sí ni con el conjunto; en sus divisiones falta el cálculo; los perfiles de la puerta no corresponden á las otras partes: los modillones están distribuidos irregularmente, y los piés derechos, en lugar de estar coronados por una imposta, sostienen una mal ejecutada cornisa.

Casiodoro conocia y señalaba los defectos de la arquitectura de su época: altura excesiva de los edificios, columnas endebles, recargo de adornos; tales son los defectos del estilo gótico, pero no su esencia. Formas semejantes ofrece una medalla donde está representado el palacio de Teodorico; allí se ven columnas delgadas con arcos cerrándose por encima de ellas, pero en redondo. Algunos restos de edificios góticos que se encuentran en España muestran la fuerza sin la gracia, pilastras aplastadas, y nada de nuevo. No habia, pues, género



gótico, sino un deterioro universal del antiguo gusto, y esto es tan cierto como que en el pintoresco puente del Teverone, á tres millas de Roma, reedificado por Narses en 565, se sacrifica la belleza á la solidez, aunque no sea obra de los godos.

De esta decadencia no se libraba el imperio de Oriente. Para la construcción de las muchas iglesias instituidas allí por Constantino, no se habían encontrado tantos materiales como en Roma; pero en cambio] tampoco existía el impedimento de edificios anteriores, de modo que pudieron amoldarse al tipo cristiano. Las grandes naves colaterales de la basilica hubieron de suprimirse por falta de columnas, aplicándose en su lugar la habilidad adquirida en la construcción de los arcos y de las bóvedas. Un cuadrado ancho, cuyos lados avanzaban en cuatro naves, formaba una cruz de brazos iguales; en sus ángulos interiores había cuatro pilastras enlazadas entre sí por arcadas salientes, cuya parte colgante estaba distribuida de modo que terminaba por encima en un círculo que sostenía la cúpula.

Procedía, pues, la arquitectura bizantina por arcos sobrepuestos á arcos, y cúpulas á cúpulas, cambiando en superficies curvas y circulares las rectas y angulosas de los templos griegos. Quizá los de Constantino estaban ya construidos en cruz griega con cúpula, y así nos ha descrito Gregorio Nacianceno la iglesia de los Santos Apóstoles; pero esta forma fué repetida hasta lo infinito en los mil ochocientos edificios religiosos del siglo de Justiniano. Santa Sofía, el más insigne de todos, prueba demasiado la decadencia aun en aquellos puntos donde no habían penetrado los bárbaros, pues está adornado con más riqueza que gusto, y ofrece á la vista columnas mal proporcionadas, capiteles extravagantes, sin ninguna cornisa encima de los arcos. Al hacerlo erigir Constantino con su precipitación acostumbrada, pensó tan poco en la solidez, que se desplomó apenas concluido. El ejemplo reciente, y el peligro de tantas personas, no bastaron para que Antemio de Tralles é Isidoro de Mileto lo reedificasen más sólidamente. Apoyaron la cúpula en pilastras cuadradas con los ángu-

los vueltos hácia el centro de la iglesia, de manera que pareciesen las extremidades de los dos muros de la cruz. De éstos ángulos nacían las pechinas de la cúpula, que en su extensión de ciento veinte piés de diámetro, parecían no descansar en el suelo. Sus verdaderos apoyos no pudieron resistir este empuje oblicuo y prolongado; y así á los veinticinco años, el edificio amenazó hundirse de nuevo, y los arquitectos no supieron remediar el daño, más que apuntalándolo por fuera con ayuda de estribos, que le daban cierto aire de pesadez y de esfuerzo.

Las cúpulas, que han venido á ser la parte principal de las iglesias modernas, constituyen la innovación más importante de la arquitectura de aquel tiempo. Los antiguos no tuvieron verdaderas cúpulas, esto es, aquella construcción circular, esférica en el remate, más ó menos elevada ó espaciosa, apoyada sobre pilares ó macizos, formando un cuadro, ó un polígono, y compuesta frecuentemente de tres partes: las pechinas, que sostienen un tambor, sobre el cual descansa la cúpula propiamente dicha, ó como acostumbra á llamarse, el casquete. En Roma existe aún una cúpula hemisférica sobre un plano octágono en el antiguo edificio, nombrado *Torre de los esclavos*. En las grandiosas termas de Caracalla, en un salón dedicado á Hércules, se ven los restos de ocho pechinas destinadas á sostener la media naranja. La del Panteon es también semicircular; forma que se considera como la más sólida.

Pero siempre se apoyaban en un cilindro que surgía del terreno. Sólo en Santa Sofía empiezan á aparecer las vastas proporciones y el desarrollo interior de las pechinas, que arrancando de los ángulos del cuadrado fundamental, se doblan para formar la base circular de la cúpula: despues se colocó debajo el tambor que aumentó la majestad y el atrevimiento del conjunto.

En la iglesia de San Vital de Rávena, construida por San Maximiano durante el reinado de Justiniano, y recargada de adornos sin objeto, es notable la bóveda, formada de dos órdenes de vasos unidos entre sí, describiendo



una espiral que poco á poco va estrechándose hasta la clave, y revestido todo con una argamasa de gran consistencia. No podemos decir si es una imitación de Santa Sofía, ó un ensayo hecho con la intención de aventurarse luego á emprender ésta: se eleva sobre un plano octágono, no con ayuda de pechinas, sino por medio de ocho arcos pequeños que arrancan de los ángulos del polígono.

Advertidos los subsiguientes arquitectos por el mal éxito de la tentativa hecha en Santa Sofía, apoyaron mejor las cúpulas en el suelo, y sobrepusieron á las cuatro pilastras pináculos, cuya presión perpendicular equilibrase el empuje oblicuo de las pechinas y de los arcos, y que además diesen variedad é hiciesen piramidal el edificio. De este modo se introdujo la variedad en las cúpulas; y la de San Miguel en Pavia descansa en el plano octágono que se une al cuadrado por medio de pechinas: primera idea que se tuvo de los tímpanos. Las cinco cúpulas de San Márcos en Venecia, son idénticas á las de Santa Sofía, sin tener nada entre el casquete y las pechinas; pero en lugar de ser semicirculares, son oblongas, y están rodeadas por una hilera de ventanas en plena bóveda.

La de la catedral de Pisa es elíptica en el plano inferior, el cual está formado por cuatro grandes arcos, que coronan ocho más pequeños, y éstos sostienen una especie de tambor apenas visible. También es elíptica la de la iglesia de Corneto, perteneciente al siglo XII, y descansa sobre seis arcos que forman un cuadrado de ángulos desiguales, de donde se lanzan las pechinas para sostener el tambor en extremo rebajado. Cuando Brunelleschi construyó la cúpula de Santa María de Florencia en 1298, colocó sobre los grandes arcos de la cruz un tímpano octágono, y encima de éste la cúpula, también octágona, de modo que eran inútiles las pechinas: por fuera la revistió con otra cúpula, para que tuviese más hermosa vista, de donde resultó aquella admirable obra que inspiró á Miguel Angel la idea de elevar el Panteon sobre San Pedro, último grado de la osadía y de la magnificencia.

Las cúpulas señalan otra diferencia entre la

arquitectura del siglo VI y la gótica, que en su lugar levantó sobre el cuadrado formado en la intersección de la cruz, una torre adelgazándose en aguja. Cuando lleguemos á los tiempos más brillantes del orden gótico, se verá claramente que nada hay que justifique esta denominación.

Á las innovaciones ya indicadas de la arquitectura bizantina, conviene añadir, que á falta de capiteles antiguos, y del talento necesario para reemplazarlos por otros nuevos, ocurrió sobreponer á las columnas trozos cuadrados, sin las figuras talladas y griegas, pero adelgazados por debajo, para que encajaran exactamente en las cañas, y adornados sólo con algun follaje en bajo-relieve ó con líneas cruzadas. De este género los hay en Santa Sofía de Constantinopla, en San Vital de Rávena, y en San Márcos de Venecia.

Los arcos no se habían usado hasta entonces sino de medio punto; pero á fin de que, si bien de igual elevación, asentasen en columnas diferentes, se prolongó en línea recta su parte inferior; este estilo se empleó también posteriormente por gusto, desviándose los arcos más pequeños del semicírculo perfecto, unas veces estrechándolo hácia la ojiva, otras prolongándolo en forma de herradura, otras dándole la figura de un fronton. Vióse entonces por la primera vez encerrar en el desarrollo de un arco muy abierto, otros menores apoyados en pequeñas columnas.

Con sujeción á este estilo, se erigieron muchos edificios, además de los de Constantinopla, y prescindiendo de San Márcos, hay en Venecia Santa Fosca de Torcello, perteneciente al siglo IX; en Ancona, San Cipriano, que es del X; en Pola de Istria, Santa Catalina; en Salónica, San Demetrio y Santa Sofía; cerca de Alepo la iglesia de San Simón Estilita, que fué destruída en el siglo IX, y bajo cuya cúpula se elevaba la columna de aquel paciente; además, en Francia, San Cesáreo; en Arles, San Vicente, y San Anastasio en París, sin hablar de las imitaciones sucesivas.

Rávena conservó mejor el carácter del Oriente, en cuyo límite está situada; de manera, que allí es donde se debe buscar el estilo